

REANIMACIÓN

Por Samuel Andrés Arias

Mientras la conduces a la sala de reanimación, todavía arde el cañón del revólver que ella disparó contra sí en un pestilente rincón de la morgue del hospital. Le aprisionas una de sus manos frías entre la tibieza de tus guantes azules y el borde cromado de la camilla. Aprecias cómo los aros esmeralda de sus ojos te escudriñan en medio de las luces cegadoras de la lámpara quirúrgica.

Antes de que la marea de su escasa sangre se detenga, te sonríe feliz porque al fin has llegado. Te esperaba distinta, tal vez escuálida y más tenebrosa, no con esas pecas regadas en el fondo claro de tu piel, con el descuidado cabello rojo y con esos ojos tan parecidos a los suyos. Su conciencia se desvanece. Ríos de líquido incoloro y de sangre ajena entran por sus venas. Ventarrones periódicos saturados de oxígeno penetran por el tubo que empuña su garganta para luego huir en sutiles burbujas por el orificio que dejó el plomo deforme al entrar. Ni ella ni su cuerpo quieren vivir, pero tú insistes.

La filosa hoja metálica dibuja una línea horizontal sobre el lado izquierdo del tórax. Las tijeras ayudadas por tus dedos atraviesan la reja. Penetras al interior del tonel y te deleitas con la calidez de los pulmones elásticos. Aspiras el tibio olor ferroso de la sangre acuosa y piensas que consumes los últimos vapores de su vida. Te complace sentir cómo tus poros liberan unas gotas saladas y frescas que descienden dentro del traje de cirugía hasta mojar los gruesos espirales rojos del pubis y se confunden, más abajo, con los primeros indicios del jugo viscoso del vértice de tus piernas.

Buscas el corazón roto e inmóvil. La frecuencia de tu respiración aumenta, deseas eternizar este instante con las manos hundidas en su pecho, pero corre el afán dentro de ti. Te acosa la insistente y monótona alarma del monitor y la estela plana del punto en la pantalla. Al fin lo encuentras. Al palpar su turgencia de melocotón inmaduro sientes la frenética inminencia del fin. Cuando tu mano lo oprime con decisión ella separa súbitamente los párpados, pliega la frente y aprieta el rostro. Te agradece con una mirada exánime que hayas exprimido esas últimas gotas que le impedían ser libre. Entonces sientes una descarga deliciosa que te estremece desde las pupilas hasta el filo de los dedos y destempla tus músculos. Apoyas las manos en el borde de las costillas, miras el charco carmesí sobre las brillantes losas blancas y suspiras mientras dejas escapar los últimos vestigios de placer. Luego te arrancas los guantes con placidez y, a las veintitrés horas y doce minutos, declaras su muerte.

COMENTARIO:

Esta vívida descripción que nos ofrece Samuel tiene aspectos muy positivos que nos advierten de una cuidadosa observación para entregarnos al narrador que interpela —de allí el uso de la segunda persona— a la mujer, al cuerpo ya exánime de la mujer. Es, ciertamente, una descripción minuciosa y algo

Comentario [JEB1]: Aquí parece haber una confusión de narrador...

estremecedora a la que nos ha conducido el narrador con imágenes nítidas y potentes, con habilidad y buen oficio. Creemos, no obstante, que algunos párrafos son muy largos y rompen la fluidez de lo narrado, se recrean excesivamente no en lo visual sino en la interpretación de lo visual, obstruyendo así la posibilidad de que sea el lector el que contemple —y califique— el cuadro. El lector debe participar en la construcción del hecho observado y a veces, para que ello funcione así, es necesario que el narrador ceda momentáneamente su espacio al lector y se “limite” a mostrar sin calificar. Como casi siempre ocurre en estos casos, es una cuestión de equilibrio entre algunos pasajes pormenorizados (que Samuel maneja muy bien) con otros más austeros y limpios. Por ejemplo cuando dice: «Penetras al interior del tonel y te deleitas con la calidez de los pulmones elásticos. Aspiras el tibio olor ferroso de la sangre acuosa y piensas que consumes los últimos vapores de su vida. Te complace sentir cómo tus poros liberan unas gotas saladas»... se resalta mucho más el protagonismo del narrador en detrimento de lo meramente observado, que es lo que puede hacer participar al lector. Creemos que sólo se trata de una cuestión de equilibrio, de no excederse. Huelga decir, estimado Samuel, que en aras del ejercicio, podría ponerse un poquito más de énfasis en la belleza, pues aquí lo que ha ganado protagonismo es la desolación de la muerte... de todas maneras, nos parece un estupendo relato.